

La noción de “indicio” en Aristóteles

Eduardo Sinnott *

O. Preliminares

Es frecuente en Aristóteles el uso de los indicios (*semeîa*)¹ como forma indirecta de la argumentación filosófica. Al lector de sus obras ese hecho le es familiar, lo mismo que las expresiones más o menos fijas mediante las cuales Aristóteles suele introducir una argumentación de ese estilo.² En el presente trabajo nos proponemos examinar los aspectos fundamentales de la teorización correspondiente a ese uso. Se encuentran datos importantes para ello en *Retórica* I ii (1357 a 34-b25), donde la noción de indicio se halla asociada a la de lo verosímil (*tò eikós*). Como es sabido, ambos, el indicio y lo verosímil, constituyen el punto de partida del silogismo propio de esa disciplina, esto es, el entimema. No obstante, partiremos, en la primera sección de este trabajo, de la consideración de algunas líneas de *Primeros Analíticos* II xxvii (70a2-b6), a las que Aristóteles remite expresamente en la *Retórica* (I ii 1357b21-25), pues en ellas la noción de indicio es presentada de manera más pormenorizada y técnica. En la segunda sección examinaremos el empleo de que pueden ser objeto las tres especies de indicios distinguidas por Aristóteles. Después de eso procuraremos mostrar que otros lugares de la *Retórica* (especialmente II xxv) permiten reconstruir la noción de “indicio probable”, la cual completa el paradigma establecido en los textos de la propia *Retórica* y de los *Primeros Analíticos* antes señalados. Por último, en la sección final situaremos la noción de indicio en el marco sistemático de las categorías semiológicas aristotélicas según las hemos establecido en otro estudio. Con ello se podrá comprobar con más claridad, la amplitud y las implicancias de la noción de “indicio” en la filosofía aristotélica.

* Doctor en Filosofía. Profesor de Filosofía, Lenguas y Literaturas Clásicas de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador.

¹ En lo que sigue, el término “indicio” expresa el valor que, según la interpretación expuesta en este trabajo, posee el término “*semeîon*” en las obras aristotélicas que se indican arriba en este mismo apartado. Acerca del sentido de ese mismo término en otros contextos de la obra de Aristóteles, cf. 4.2.

² Expresiones tales como “*semeîon toútou hótí...*”. Cf. Bonitz (1964:667b9ss).

1. La definición de "indicio"

1.0. En la sección de Retórica I ii concerniente a nuestro tema, Aristóteles omite definir la noción de indicio. Las líneas con las que se cierra esa sección dan a entender que debe suponerse como válida para ella la definición presentada en los *Primeros Analíticos*. En rigor, en este último tratado no se nos ofrece una sola definición de "indicio", sino dos:

(1) "el indicio es una premisa demostrativa o necesaria o generalmente aceptada; pues

(2) es indicio de que una cosa es o se produce, lo que es o se produce al mismo tiempo, con anterioridad o con posterioridad a aquello de lo que es indicio".³

1.1. Debe observarse que en rigor estas dos definiciones no se sitúan en el mismo plano. La primera se sitúa en un plano a la vez lingüístico y discursivo, puesto que en ella el indicio es caracterizado como "premisa", y una premisa no es sino una expresión lingüística compuesta⁴ cuyo contexto es una argumentación. Desde este último punto de vista, ninguna premisa posee por sí misma carácter de indicio, sino sólo cuando se la utiliza en determinadas condiciones discursivas, a saber, en el marco de un entimema⁵ mediante el cual se pretende llevar a cabo una demostración. En cambio, la segunda definición se sitúa claramente en el plano referencial, esto es, en el de los *prágmata*:⁶ es decir, no en el de las expresiones lingüísticas sino en el de los hechos y las relaciones descriptas por las expresiones lingüísticas. En este plano referencial, el indicio es claramente un hecho relacionado con otro hecho.⁷ Por consiguiente, el indicio en el sentido de la primera definición, esto es, el indicio como enunciado, toma ese nombre más bien metonímicamente, a partir de la realidad extraenunciativa que él describe. En realidad, la propia manera de expresarse de Aristóteles sugiere que entre el primer sentido y el segundo sentido de "indicio" existe tal

³ (1) *semeion dè bouletai einai prôtasis apodeiktiké è anagkaia è êndoxos*. (2) *hoû gâr ôntos êstin è hoû genoménou prôteron è hysteron gêgone tô prâgma, toûto semeion êstin toû gegonénai è einai*, *An Pr II xxvii 70a6-9*.

⁴ Más exactamente, según *An Pr I i 24a16-17*, una expresión compuesta en la que se afirma o se niega una cosa: *Prôtasis mên oûn êsti lôgos kataphatikós è apophatikós tinós katá tinós*.

⁵ Cf. *An Pr II xxvii 7a1-b10*: *Enthyma ma dè esti syllogismós ex eikôton è semeion*. Con buen criterio, esta línea -que involucra un rasgo del indicio (en el sentido de la primera definición de él), a saber, el de ser empleado en el contexto de un entimema- es colocada por la mayoría de los editores de los *Primeros Analíticos* al comienzo del capítulo, inmediatamente antes de la definición de *eikós* y de las dos definiciones de *semeion* que ahora estamos considerando.

⁶ Cf. "*prâgma*" en la cita de la nota 3.

⁷ En lo que sigue, llamaremos "referente indicial" al hecho del cual un indicio es indicio, e "indicialidad" a la relación que une entre sí al indicio y al referente indicial.

relación de derivación.⁸ Por tanto, *primariamente* "indicio" es un hecho o una cosa, y lo es en virtud de su enlace con otro hecho o con otra cosa; mientras que *derivativamente* "indicio" es el *enunciado* en el cual se recoge un indicio en el sentido primario, y que es empleado en un silogismo con una finalidad demostrativa o probatoria.

Aristóteles no introduce ningún ejemplo para ilustrar las definiciones que estamos considerando, como lo hace, en cambio, a propósito de la noción de verosímil (*tò eikós*), definida en las líneas que preceden a las concernientes al indicio (cf. *An Pr II xxvii 70a3-9*). Puede decirse, no obstante, que un indicio en el sentido de la primera definición puede tomar, en la expresión del orador, la forma de la afirmación "El que tiene fiebre, está enfermo" (Cf. *Ret I ii 1357b5*). La afirmación "meta-retórica"⁹ correspondiente, si se la hiciera explícita, sería: "El tener fiebre es indicio -en el sentido de la segunda definición- del estar enfermo".

1.2 La alternativa "necesaria"¹⁰ o generalmente aceptada" (*anagkaia: êndoxos*), introducida en la primera definición de "indicio", requiere asimismo algunas precisiones.

Por una parte, es posible afirmar que el carácter de "necesaria" de la premisa en que, de acuerdo con esa definición, consiste el indicio, es asimismo metonímico. Como se verá más abajo, la necesidad es *primariamente* una cualidad de la relación entre el indicio y el referente indicial en el plano extraenunciativo; derivativamente es "necesaria" la premisa en la que se recoge una relación así. En cierto modo, la necesidad es *primariamente* una necesidad *de re* y derivativamente una necesidad *de dicto*.¹¹ Cuando la correlación indicial ostenta la condición de necesaria, el indicio es indicio en sentido estricto o "*tekmérion*", esto es, un indicio concluyente, y en virtud de eso la argumentación que se basa en él resulta auténticamente probatoria.

Por otra parte, el segundo término de la alternativa -la condición de "generalmente aceptada" (*êndoxos*) de la premisa- debe ser puesto en relación con dos planos, en uno solo de los cuales, en realidad, se opone a "necesaria". En efecto: en primer lugar, la condición de "generalmente aceptada" remite al nivel *pragmático*, puesto que caracterizar a una premisa como "*êndoxos*" equivale a caracterizarla en relación con los usuarios o, más específicamente, en relación con lo que el usuario "medio" cree o sabe o considera en general verdadero. Tal es el valor regular del término en Aristóteles.¹² En el texto que estamos considerando, el aspecto eminente-

⁹ Entendiendo por "meta-retórico" el plano en el cual se trata de los presupuestos conceptuales del orador.

¹⁰ Cf. Ross (1949:501 *ad loc.*).

¹¹ Acerca de esta distinción en Aristóteles, cf. Sorabji (1980:125ss).

¹² Exactamente, son *êndoxa* las opiniones (*tà dokônta*) "compartidas por todos los hombres, o por la mayoría, o por los más sabios, o por todos éstos, o por los más conocidos o prestigiosos" (*Top I i 100b21-23*). En lo que concierne a la retórica, debe entenderse sin duda que de esa gradación han de tenerse en cuenta las formas que corresponden a las opiniones más difundidas y menos especializadas, puesto que se supone que el oyente medio es un hombre sencillo: cf. *ho gâr kritês hypôkeitai einai haploûs*, *Rhet I ii 1357a11-12*.

mente pragmático de lo *éndoxon* está aludido de manera concreta en la referencia a los usuarios incluida en la aclaración del término mediante la cual Aristóteles, en las líneas que preceden inmediatamente a las definiciones de "indicio", complementa la definición del *eikós* como "premisa generalmente aceptada" (*prótasis endoxos*, *An Pr*, II xxvii 70a3-4). Lo que le otorga a una premisa el carácter de "generalmente aceptada" es el hecho de que su contenido es algo que -literalmente- "saben" que "en la mayoría de los casos" (*hos epì tò poly*) ocurre o no ocurre o es o no es (70a4-5). Ahora bien, es claro que el "saben" ("*ísasin*", 70a4) equivale a "(los hombres) saben". Ese sentido de "generalmente aceptada" -en cuya definición no puede prescindirse, pues, de una mención de los usuarios- vale sin duda también para el indicio como "premisa generalmente aceptada". En segundo lugar, de la expresión "en la mayoría de los casos" (*hos epì tò poly*) se desprende la relación de la condición de "generalmente aceptada" con otro plano, en el cual sí se opone al "necesario", a saber, el plano referencial, pues aquella expresión define una cualidad específica de la relación entre el indicio y el referente indicial, a saber, la relación sólo *probable* y por tanto *no necesaria*. En el plano referencial, *anagkaïon*: *éndoxon* oponen entre sí dos formas en principio excluyentes de conexión entre los hechos, distinguidas con frecuencia por Aristóteles -por ejemplo, en la *Física*- justamente bajo la forma *anagkaïon*: *hos epì tò poly*. Lo "necesario" y lo que ocurre "en la mayoría de los casos" representan las dos formas básicas de regularidad que se registran en la naturaleza: una regularidad absoluta y una regularidad relativa. La primera es la regularidad de los fenómenos que se verifican de manera invariable, en tanto que la segunda es la regularidad imperfecta de los fenómenos que se verifican de un modo determinado sólo "en la mayoría de los casos", pero no en todos.¹³ Aplicado al indicio en el sentido de la segunda definición del término, ello significa que la correlación existente entre el indicio y el referente indicial puede tener una u otra de esas cualidades, esto es, la relación que los une puede ser necesaria o probable, y, correlativamente, la premisa en la que se la enuncie es "necesaria" o "generalmente aceptada". Así pues, corresponde a una premisa indicial una afirmación como "El que tiene fiebre, está enfermo" (cf. *Rhet* I ii 1357b15), debido a que el nexo entre la fiebre y la enfermedad es invariable, y por tanto la primera puede funcionar como indicio en sentido estricto de la segunda; mientras que corresponde a una premisa verosímil (*eikós*) una afirmación como "El que envidia, odia" (cf. *An Pr* xxvii 70a6-7). En este último caso, la premisa metarretórica sería: "En la mayoría de los casos el que envidia, odia". En el primer ejemplo no es concebible que se dé el indicio y no el referente indicial, debido a que la correlación existente entre ambos es cons-

¹³ Cf., por ejemplo, entre muchísimos otros lugares, *Phys* II iv 196b10-11: *tà mèn aei hosaútous gignómēna, tà δὲ hos epì tò poly*.

tante, pero en el caso de la premisa verosímil la excepción es, en cambio, concebible, aunque acaso improbable: puede, en efecto, ocurrir ocasionalmente que el que envidia no odie, por más que no sea eso lo que se registra en la mayoría de los casos. Estrictamente, Aristóteles no habla de indicialidad en el caso del verosímil, pero ello se debe sin duda a que en el léxico establecido por la tradición retórica precedente el término "*semelón*" tenía un sentido específico más restringido.¹⁴ Pero nada impide en rigor hablar de un indicio *probable* al lado del indicio *necesario*. Es precisamente eso lo que procuraremos justificar en la tercera sección de este trabajo.

1.3. Por tanto, el entimema se funda, en última instancia, en esas dos formas de la regularidad, lo cual, como procuraremos mostrar ahora, se halla en correspondencia con la "materia" de la cual trata toda pieza retórica, esto es, la acción humana. El contexto de la acción humana es la contingencia, en el cual las cosas siempre pueden ser distintas de como son¹⁵, como la propia acción. Puede decirse que desde la perspectiva del orador, la acción humana interesa fundamentalmente -aunque no exclusivamente- como acción *posible* y *futura* y como acción *real* y *pasada*, puesto que el orador o bien argumenta acerca de la acción por llevar a cabo o acerca de la acción ya consumada. Ahora bien, en líneas generales las dos formas de la regularidad examinadas en el apartado anterior se corresponden con esos dos aspectos de la acción, en el sentido de que la regularidad relativa es relevante sobre todo en relación con la acción posible y futura, y la regularidad absoluta lo es sobre todo en relación con la acción real y pasada.

La acción por llevar a cabo es la acción acerca de la cual se delibera, y el ámbito de la deliberación es el ámbito de lo contingente y futuro. En efecto, de acuerdo con la *Ética Nicomaquea*, carece de propósito deliberar acerca de lo necesario (cf. *EN* III v 1112b3) o de lo pasado (cf. *EN* VI ii 1139b6-8). Sin embargo, no por eso la deliberación se refiere a lo que es absolutamente variable o azaroso (cf. *EN* III iv 1112a23-26), sino más bien a lo que se produce de acuerdo con una regularidad relativa, esto es, como sabemos, no exenta de excepciones, y por tanto asociada a un margen de incertidumbre que no es completa, pero sí insuprimible: la regularidad de lo que ocurre "en la mayoría de los casos" (*hos epì tò poly*; cf. *EN* III v 1112b9-10). El contexto de la acción humana es, pues, como hemos señalado, el ámbito de la contingencia, pero la deliberación no versa acerca de una accidentalidad pura, esto es, acerca de lo absolutamente

¹⁴ En favor de esta presunción puede aducirse la impresión que suscitan lugares como *Rhet* I ii 1357a34-b10 y *An Pr* II xxvii 70a1-b10 en el sentido de que Aristóteles está utilizando términos técnicos que él no ha establecido.

¹⁵ Cf. *Ret* I ii 1357a24: *endékhetai állos ékhein*. Es ésta una de las fórmulas habituales en Aristóteles para aludir a la contingencia.

irregular e imprevisible, sino acerca de la regularidad imperfecta, pero hasta cierto punto previsible, que se resume en lo que ocurre "en la mayoría de los casos". Esto último, es decir, lo probable, constituye, pues, en Aristóteles, una suerte de *metaxy* entre la radical aleatoriedad de los procesos accidentales y la regularidad perfecta de la región supralunar o, en general, de los objetos de la ciencia. Por eso en la argumentación retórica lo pertinente es partir de lo *eikós*, una de cuyas notas es la de ser un contenido "generalmente aceptado" (*éndo-xos*): en él se condensa lo establecido por la experiencia colectiva de los hombres acerca de la regularidad relativa de las cosas. Lo *eikós*, lo verosímil, no constituye, pues, sólo un factor de aceptabilidad, útil a los fines de la persuasión, a propósito de las tesis que entimemáticamente se derivan de él, sino que representa el punto de referencia indispensable para planificar la acción humana, puesto que si bien al elaborar un proyecto práctico, ya sea para la acción individual o para la acción colectiva, no es posible disponer de una certidumbre plena, puesto que ello supondría prever lo que *necesariamente* ha de ocurrir, puede contarse al menos con la orientación que proporciona el saber, compartido en mayor o menor grado por todos los hombres, acerca de lo que ocurre "en la mayoría de los casos" y, por tanto, *probablemente* ocurra.

En el terreno de la retórica la aplicación del saber referente a la regularidad relativa se extiende, por cierto, también en parte a la acción pasada, pues ésta, si bien no puede ser objeto de deliberación, puede ser, no obstante, objeto de conjetura. Es fácil comprender que lo *eikós* constituya un punto de partida apropiado para la reconstrucción de las acciones pasadas o para mostrar al menos cómo es probable que se hayan desarrollado. Pero la prueba de que una acción efectivamente se ha consumado sólo puede basarse en los indicios necesarios, aun cuando ello sea menos frecuente.¹⁶ En principio, la apelación a las relaciones necesarias parece no armonizar, por una parte, con la condición fundamentalmente contingente de las acciones humanas¹⁷, las cuales, como hemos visto, constituyen la "materia" de las argumentaciones retóricas, y, por otra parte, con el carácter técnico, y no propiamente científico o teórico, de la retórica misma como disciplina. No obstante, en lo que concierne a lo primero debe tenerse en cuenta que una acción consumada y, especialmente, un fenómeno físico asociado a ella -por ejemplo, porque forma parte de las circunstancias en las que aquélla se ha desarrollado o porque deriva de ella como una consecuencia-, si bien son procesos contingentes en el sentido de que su iniciación no es forzosa, una vez iniciados comprenden, en su desenvolvimiento, fases cuya concatenación puede describirse sin duda en términos de necesidad. Por lo demás, el ora-

¹⁶ Según Aristóteles, sólo "unas pocas" (*olíga*) argumentaciones retóricas toman como punto de partida lo necesario; cf. *Rhet I* ii 1357a22-23.

¹⁷ Siendo lo necesario justamente lo que no puede ser de otro modo; cf. *Met V* v: *tò mè ende-khómenon állos ékhein anagkaíon phamen houtos ékhein*. Cf. la nota 15.

dor no se propone *demostrar* la existencia de relaciones necesarias o justificarlas teóricamente, sino que sencillamente se vale de relaciones reconocidas de hecho como necesarias por el público medio. Una afirmación tal como la citada anteriormente: "El que tiene fiebre, está enfermo", es indudablemente una afirmación susceptible de explicación científica; o bien, en general, la ciencia podría demostrar que entre dos hechos existe un nexo intrínseco en virtud del cual aquéllos se hallan forzosamente asociados y pueden constituir por tanto una correlación indicial. Pero el orador toma una afirmación como aquélla a título de postulado que no reclama fundamentación alguna, pues para sus fines es suficiente la aceptación general, esto es, la circunstancia de que los hombres hayan reconocido de hecho, aunque sin comprenderlo verdaderamente, que dos cosas se hallan regularmente relacionadas entre sí en forma tal que no concebirían ni admitirían una excepción. En este contexto la demostración científica es innecesaria, y constituiría en realidad un error¹⁸.

2. El empleo de los indicios

2.1. Tanto en los *Primeros Analíticos* como en la *Retórica* la caracterización de las tres especies de indicios distinguidas por Aristóteles se basa en las formas de su empleo en un entimema. En la *Retórica* (I ii 1357b1-26), donde la exposición de este punto es más escueta, Aristóteles recurre a la oposición entre lo general y lo particular (*tò kathólou* : *tò kath' hékaston*) a fin de precisar la dirección inductiva o deductiva que puede tomar la argumentación basada en los indicios. El indicio puede ser, en efecto, o bien (a) empleado en un entimema que a partir de lo particular concluye acerca de lo general (cf. 1357b10-17), o bien (b) empleado en un entimema que a partir de lo general concluye acerca de lo particular (cf. 1357b17-21). Este segundo uso, deductivo, comprende a su vez dos casos: el del indicio irrefutable (*ályton*, b19) y el del indicio refutable (*lytón*, b19). Al indicio irrefutable le corresponde la denominación específica de "*tekmérion*", la cual posee, según Aristóteles, una base etimológica que remite a su carácter de prueba concluyente (1357b9-10). En cambio, el indicio refutable carece de denominación específica establecida (es *anónymon*, 1357b5), de modo que se alude a él mediante la denominación genérica, utilizada asimismo para el entimema "inductivo". El "*tekmérion*" es el indicio necesario de que hemos hablado en el apartado anterior.

¹⁸ Fundamentalmente debido a las características del público medio de la pieza retórica, el cual, según *Ret I* ii 1357a3-4) no está habituado a seguir una argumentación prolongada y comprenderla; cf. la nota 12. Por otra parte, obsérvese la referencia al público en la caracterización de los indicios necesarios que se halla en *Ret I* ii 1357b5-8.

2.2. La distinción entre estas tres especies de indicios, aclarada en la *Retórica* sólo a través de ejemplos, se toma más transparente si se recurre al desarrollo correspondiente de los *Primeros Analíticos*. En este tratado se señala que el indicio funciona en el entimema como término medio, y que las tres especies se corresponden con las tres figuras silogísticas¹⁹. En la demostración deductiva irrefutable el indicio actúa como sujeto en la premisa mayor y como predicado en la premisa menor (cf. *An Pr* II xxvii 70a13-15), de manera que la demostración responde a la primera figura (un *Darii*):

(1) *M* = "dar de mamar"; *S* = "esta mujer"; *P* = "haber dado a luz".

M es *P*

S es *M*

S es *P*

Esto es, se aduce el hecho de que una mujer da de mamar como indicio de que esa misma mujer ha dado a luz. El mismo ejemplo se halla en la *Retórica*, añadiéndose el ya mencionado de *M* = "tener fiebre", *P* = "estar enfermo" (1357b15-16). En cambio, en la demostración deductiva refutable, el indicio funciona como predicado tanto en la premisa mayor como en la premisa menor, de manera que el silogismo responde a la segunda figura (cf. *An Pr* II xxvii 70a20-24):

(2) *M* = "estar pálida"; *S* = "esta mujer"; *P* = "haber dado a luz".

P es *M*

S es *M*

S es *P*

Esto es, se aduce el hecho de una mujer esté pálida como indicio de que ha dado a luz. En la ejemplificación de la *Retórica* (1357b18-19), *M* = "respirar agitadamente", *P* = "tener fiebre". Por último, en la variedad "inductiva", esto es, la primera de las enumeradas en el párrafo anterior, el indicio funciona como predicado tanto en la premisa mayor como en la premisa menor, de manera que el entimema responde a la tercera figura (cf. *An Pr* II xxvii 70a16-20):

¹⁹ En relación con lo que sigue cf. Cope/Sandys (1970: III, 160-165).

(3) *M* = "Pítaco"; *S* = "bueno"; *P* = "justo".

M es *S*

M es *P*

S es *P*

Esto es, se aduce el hecho de que Pítaco, que es sabio, es bueno, como indicio de que los sabios son buenos. En la ejemplificación de la *Retórica* (1357b12-14), *M* = "Sócrates", *S* = "sabio", *P* = "justo".

2.3. De las tres variedades, la única formalmente correcta y auténticamente concluyente es la del *tekmérion*, esto es, la colocada bajo (1). Es irrefutable por las mismas razones por las que un razonamiento con esas características lo es, es decir, debido a que es universal (*kathólou*, *An Pr* II xxvii 70a30): el caso particular para el cual se hace valer lo declarado por la premisa mayor cae necesariamente bajo ella, de manera que no podría refutarse la argumentación aduciendo un ejemplo en el cual se registre el indicio y no el referente indicial. En esta variedad, *M* y *P* son convertibles. En cambio, la variedad (2) no corresponde a ninguno de los modos válidos de la segunda figura. En esta variedad *M* y *P* no son convertibles, de manera que es posible refutar la argumentación aduciendo un caso en el cual se registre el indicio y no el referente indicial. Por último, la variedad (3), que no corresponde a ninguno de los modos válidos de la tercera figura, deriva ilegítimamente una conclusión universal de dos premisas particulares.

2.4. El indicio en sentido estricto está representado sin duda sólo por la variante (1), en tanto que en las variantes (2) y (3) se trata sólo de lo que nominal o pretendidamente es un "indicio", esto es, en ellas un hecho es presentado como si tuviera un valor indicial del que en realidad carece, aunque ocasionalmente (y erróneamente) pueda tomárselos como indicios válidos o auténticos. Debido a ello, los entimemas que resultan de su empleo pueden ser considerados entimemas aparentes (*phainómena enthymémata*), y de hecho Aristóteles concluye por considerarlos tales, según veremos en el párrafo siguiente. Por tanto, los "indicios" respectivos pueden ser entendidos como "indicios aparentes", puesto que, no siendo indicios verdaderos o *de iure*, por el modo en que se los emplea y por inadvertencia del auditorio toman, no obstante, el aspecto de un indicio verdadero y pueden ser tenidos *de facto* como verdaderos o auténticos. Pero lo cierto es que la variedad (2) propone como indicio de un hecho algo que no mantiene con él una relación unívoca, puesto que, en el ejemplo antes consignado, la palidez no es indicio específico de haber dado a luz; y la

variedad (3) pretende que la simple concurrencia fáctica de dos cualidades en un individuo prueba que existe entre esas dos cualidades una conexión esencial y por consiguiente universalizable.

2.5. El carácter aparente y por tanto solístico de los entimemas de las variedades (2) y (3) es señalado específicamente por Aristóteles en la *Retórica* y en las *Refutaciones Sofísticas*. En la sección del primero de estos dos tratados dedicada a los entimemas aparentes (*Rhet II xxiv*) se incluye como uno de los "lugares" (*tópoi*) respectivos el de los "indicios" (1401b9-14), el cual se ilustra con ejemplos que corresponden a las variedades (1) y (2).²⁰ Unas pocas líneas más abajo (1401b20-24) Aristóteles presenta como otro "lugar" específico y distinto del de los "indicios" el del consecuente (*tò hepoménon*); no obstante, el ejemplo que allí se introduce, a saber, "puesto que es elegante y noctámbulo, es adúltero" (1401b23-24), puede ser reducido a una argumentación que responda a la variedad (2), y de hecho, en las *Refutaciones Sofísticas*, tratado en el que la falacia del consecuente es estudiada con amplitud, ese mismo ejemplo es aducido para ilustrar tal falacia (cf. *SE v 167b9-12*), precisándose que las argumentaciones retóricas basadas en los indicios responden a ese mecanismo paralogístico²¹, consistente en dar lugar a la creencia o a la aceptación de que una implicancia necesaria que no es convertible, lo es, siéndolo en rigor sólo en la variante (1): en esta última, como hemos visto, *M* y *P* se implican mutuamente, mientras que en la variante (2) *M* implica *P* pero no inversamente.

3. Indicios necesarios e indicios probables

3.1. El *eikós*, según Aristóteles, no se identifica con el indicio (cf. *An Pr II xxvii 70a2-3*). No obstante, esa disyunción entre *eikós* e indicio debe de relacionarse con los valores convencionales que esos términos tendrían en el léxico precedente, puesto que es posible mostrar que el *eikós* corresponde en realidad a una categoría indicial definible -diferente tanto de la del indicio necesario o "*tekmérion*" cuanto de los indicios "aparentes" de los que hemos tratado en el apartado anterior-, a saber, la del indicio probable. El texto que nos parece más apropiado para justificar esta tesis es la sección de la *Retórica* dedicada a los "lugares" (*tópoi*) de lo existente y lo inexistente (*II xix 1392b-1393a6*). En ella se presentan, como veremos en seguida, varios ejemplos que claramente pueden ser reformulados en términos de indicialidad necesaria e indicialidad probable.

²⁰ Para la variante (2): *M* = "malvado"; *S* = "Dionisio"; *P* = "ladrón", entimema inválido "pues no todo malvado es ladrón, sino que todo ladrón es malvado" (1401b12-14); para la variante (3): "Los amantes son útiles a la ciudad porque el amor de Harmodio y Aristogitón provocó la caída del tirano Hiparco" (1401b10-12).

²¹ *SE v 165b8-9: én te toís rhetorikoís hai katá tò semeíon apodéxeis ek tôn hepoménon eisin.* Esta frase evidentemente no incluye al indicio necesario o *tekmérion*.

3.2. Los "lugares" de lo existente permiten establecer la existencia (cierta o probable) de un hecho (pasado o futuro) a partir de la existencia de otro hecho (respectivamente posterior o anterior) sobre la base de la relación de necesidad o de probabilidad que los une. Las oposiciones en las que se apoya Aristóteles son, por tanto, la de la anterioridad y la posterioridad (*próteron* : *hysterón*) y la de la necesidad y la probabilidad (*ex anágkes* : *hos epi tò poly*). Consideraremos los siguientes ejemplos:

- (a) si se ha producido un relámpago, se ha producido un trueno (1032b27);
- (b) si se ha intentando una cosa, se la ha llevado a cabo (b27-28);
- (c) si se ha producido un trueno, se ha producido un relámpago (b30);
- (d) si se ha llevado a cabo una cosa, se la ha intentado (b30-31);
- (e) si el cielo está cubierto de nubes, es probable que llueva (1393a6);
- (f) si se ha construido el fundamento, es probable que se construya la casa (a7-8).

Los ejemplos (a) y (c), por un lado, y (b) y (d) por otro, representan situaciones en las cuales existe una relación de implicación recíproca de existencia entre el hecho establecido y el hecho por establecer, de modo que los cuatro ejemplos pueden ser reducidos a dos. Los casos considerados, que ahora por tanto pasan a ser a cuatro, pueden distribuirse de la siguiente manera en el cuadro de las dos oposiciones antes señaladas:

Es fácil advertir que la validez de estos "lugares" se asienta en la validez indicial de las relaciones que enlazan entre sí a los hechos, o que sencillamente se

	anterioridad	posterioridad
necesidad	relámpago	trueno
probabilidad	nubes intento fundamentos	lluvia ejecución casa

identifica con ella. La producción del relámpago es *indicio* de la producción del trueno, y, en general, cada uno de los fenómenos incluidos en el cuadro puede actuar como indicio o como referente indicial del fenómeno correspondiente de la otra columna, aunque ello con diferencias que serán examinadas en los restantes apartados de esta misma sección. En todos los casos puede aplicarse la segunda definición de "indicio" examinada en el apartado 1.0.

3.3. Debe observarse que en los ejemplos considerados el valor cognoscitivo de la relación indicial no es siempre el mismo. En el primero de ellos, que corresponde claramente al *"tekmérion"*, la comprobación del indicio involucra obviamente la *certeza* de la verificación (anterior o posterior) del referente indicial, en razón de que el nexo que los une es necesario. Además, como hemos visto, el hecho que funciona como indicio y el hecho que funciona como referente indicial pueden intercambiar recíprocamente sus papeles. En los tres ejemplos restantes la situación es distinta, pues, si bien, de acuerdo con el texto considerado, en ellos el indicio y el referente indicial pueden intercambiar asimismo sus papeles, la cualidad de la relación varía según se tome como indicio el hecho anterior o el hecho posterior. En efecto, la comprobación del hecho anterior involucra únicamente la *presunción* (fundada pero falible) de la verificación del hecho posterior, pues se hallan unidos por una relación de probabilidad (*eikós*), la cual expresa lo que acontece "en la mayoría de los casos", y no siempre. En otros términos: es improbable pero no imposible que después de cubrirse el cielo de nubes no llueva, mientras que es imposible que se produzca un trueno y no se haya producido antes un relámpago. En cambio, la verificación de cualquiera de los hechos posteriores involucra la *certeza*, y no la mera presunción, de que se ha producido el hecho anterior. En estos casos, lo que era referente indicial de un indicio probable, pasa a ser *ex eventu* indicio necesario del hecho anterior: si se ha producido una lluvia, es necesario, y no meramente probable, que el cielo se haya nublado. Hay en estos casos una probabilidad "hacia adelante" y una necesidad "hacia atrás".

3.4. Puede atenderse ahora al hecho de que los dos primeros casos corresponden a procesos naturales, mientras que los otros dos corresponden a procesos iniciados y llevados a cabo por un agente humano: un proceso práctico (intento - ejecución) y un proceso productivo (fundamentos - casa). Hemos señalado ya que, según Aristóteles, tales procesos no son en sí mismos necesarios, sino contingentes, en el sentido de que puede emprendérselos o no y, en caso de que se los emprenda, pueden ser interrumpidos en cualquiera de las fases de su ejecución, ya sea por iniciativa del propio agente o porque un factor accidental impide que continúe. Por eso, iniciado un intento, su ejecución es no necesaria. No obstante, tales procesos, prácticos o productivos, no pueden sino ajustarse naturalmente a la secuencia proyecto-ejecución, y el desenvolvimiento de la segunda de esas dos fases debe atenerse a las condiciones definidas en el proyecto. Por eso en un proceso humano la única forma de necesidad concebible es una necesidad "hipotética"²² en virtud de la cual, si bien, una vez cumplida la fase A, es sólo posible o a lo sumo probable que se cumpla la fase C, no obstante, si ésta ha de cumplirse, necesariamente ha de cumplirse antes de la fase B.

Puede entonces interpretarse la ejemplificación aristotélica en el sentido de que cada una de las fases necesarias en una secuencia práctica o productiva presupone necesariamente a las que le preceden en esa secuencia y puede ser tomada por tanto como indicio necesario de ella. Esto pone de manifiesto, a la vez, que la anterioridad y la posterioridad tenidas en cuenta aquí no representan relaciones meramente temporales, esto es, el sentido de "anterioridad" y de "posterioridad" no es el de la anterioridad y la posterioridad *katà khrónon* (cf. *Cat* xii 14a26-29), las cuales son simplemente accidentales, de modo que en ellas no podría fundarse ni una probabilidad ni una necesidad. La anterioridad y la posterioridad son en este contexto más bien relaciones "lógicas" de presuposición determinadas por las condiciones mismas del desenvolvimiento práctico o productivo. En el dominio de los procesos humanos la base de la indicialidad estriba, pues, en resumen, en relaciones de necesidad condicional o hipotética.

3.5. Consideraremos ahora los otros dos ejemplos, consistentes en procesos naturales. El primero de ellos permite observar que la relación de indicialidad no se identifica con la relación de causalidad: el relámpago no es causa del trueno, ni inversamente. Además, en otro texto (cf. *De divin* 462b27-28) la causa (*aitíon*) y el indicio son explícitamente presentados por Aristóteles como relaciones distintas y excluyentes. Por otra parte, lo mismo que en los casos considerados en el apartado anterior, el indicio y el referente indicial se presentan como fases de una secuencia, aunque sus características no son exactamente las mismas que en aquéllos. Como hemos señalado anteriormente (cf. 1.3.), desde la perspectiva de la retórica el carácter de necesidad del lazo que une los fenómenos es algo de lo que puede darse por descontado que consta para la observación común de los hombres, siendo ello suficiente. Pero esa relación de necesidad es susceptible de ser aclarada en forma científica. Así, de acuerdo con la explicación mencionada por Aristóteles varias veces en los *Segundos Analíticos* (cf. por ejemplo, *II* viii 93b8), el trueno consiste en la extinción de fuego en las nubes, o bien, podemos decir, el trueno y el relámpago son la manifestación sonora y la manifestación visible de un mismo hecho, el de la extinción de fuego en las nubes. Por tanto, si se los considera en sí mismos, la relación existente entre esos dos fenómenos es una relación de simultaneidad, o quizás, más exactamente, dicho en términos de *Categorías* xiii²³, de simultaneidad natural (*physei háma*) y no meramente temporal (*en tòi autòi khrónoi*, *Cat* xiii 14b25-26), puesto que son hechos solidarios, unidos por una relación de presuposición mutua que no implica relación causal. Tal es, en efecto, el sentido de la simultanei-

²² Al hacer esta observación tenemos presente la necesidad *ex hypotéseos* de que se habla en *Phys* II ix 199b34ss.

²³ Cf. *Cat* xiii 14b27-28: *physei dè háma hósá antistrépheí mèn katà tèn toú éinai akolouthésin, medamòs dè aítion tháteron thatéroi toú éinai estín*. La relación de simultaneidad natural entre dos hechos se caracteriza pues por dos rasgos: (a) la mutua implicación de existencia, y (b) la ausencia de una relación de causalidad entre ambos.

dad natural. Sólo para la percepción humana el relámpago y el trueno se manifiestan como fenómenos sucesivos, y este mismo hecho, y su necesidad, son explicables a partir de las condiciones de la transmisión del sonido y de la luz. Por tanto, puede establecerse una relación de indicialidad entre hechos unidos por una relación de simultaneidad como la mencionada. La simultaneidad temporal -el simple hecho de producirse dos cosas en *autôî tôi khrônoi*- es, en cambio, una mera concomitancia accidental, azarosa, que corresponde a lo que Aristóteles denomina "*symptoma*": una relación de coincidencia fáctica que no puede constituir, como hemos indicado, la base ni de una indicialidad necesaria ni de una indicialidad probable²⁴.

3.6. Algo parecido puede señalarse a propósito de la relación indicial existente entre las nubes y la lluvia. La lluvia es un proceso meteorológico verificado en la región sublunar inferior que, según la teoría explicativa propuesta por Aristóteles (cf. *Meteor* I ix-xii), depende de factores tales como la incidencia del calor o del frío en la "exhalación" húmeda desprendida de la tierra por la acción del sol. De ese proceso forma parte la acumulación de las nubes. En el marco de la ciencia aristotélica, lo mismo que en el de la ciencia actual, la lluvia es, pues, un fenómeno que depende de condiciones definidas o definibles, y si éstas efectivamente se registran, la lluvia se produce *necesariamente* después de la acumulación de nubes. El carácter de *probable* que no obstante se le adjudica a la secuencia indicial, se debe únicamente a las condiciones habituales de la observación humana común y tiene sentido sólo en relación con ella. Puesto que normalmente nos es perceptible la acumulación de las nubes, pero no nos son perceptibles los demás factores que intervienen en el proceso meteorológico, los cuales acaso pueden hacer que la acumulación de las nubes derive hacia algo distinto de una lluvia. En otros términos: la sola observación de la acumulación de las nubes no constituye un indicio *suficiente* para establecer la verdadera índole del proceso meteorológico en curso. Eso es lo que expresa su condición de indicio "probable". Teóricamente, si aparte de la observación de las nubes se dispusiese de otros indicios complementarios, la lluvia podría presentarse como un fenómeno necesario, o como un hecho imposible. Son, por tanto, las restricciones de la observación común las que hacen que el indicio parcial se convierta en un indicio únicamente probabilístico, y sólo en ese sentido cabe decir que "en la mayoría de los casos" (*hos epî tò poly*), pero no "siempre" (*aefî*), es decir, no necesariamente, la acumulación de nubes es seguida de lluvia.

²⁴ Cf. *De divin* 463a2-3: *tôn symptomáton oudên oúte aefî gînetai oúthi' hos epî tò poly*. El *symptoma* se opone por tanto a la relación constante (*aefî*) y a la relación probable (*hos epî tò poly*). En cierto modo, lo que se propone en la variedad (3) de los entimemas basados en un "indicio", es la generalización (ilegítima) de un *symptoma*.

El significado de la indicialidad probable es, pues, en el caso que estamos considerando, claramente distinto del que posee en el caso de los procesos prácticos o productivos humanos examinados anteriormente (cf. 3.4.). Pues en estos últimos la probabilidad no está determinada por las condiciones de la observación, sino que es, por así decir, incluídible o de principio, debido a la auténtica indeterminación del proceso, la cual impide cualquier forma de indicialidad necesaria. Son, en efecto, procesos radicalmente contingentes, que dependen sólo de la deliberación y de la iniciativa humanas y por tanto pueden ser o no ser²⁵. Por eso, de acuerdo con el conocido texto de *De interpretatione* ix, estrictamente no es posible anunciar una "Necesariamente mañana tendrá lugar una batalla naval". En cambio, no hay una indeterminación "objetiva" de la lluvia que impida que existan, al menos teóricamente, indicios necesarios de ella. Por tanto, aristotélicamente es posible decir: "Necesariamente mañana lloverá". Así, pues, si bien la lluvia es, por cierto, como fenómeno sublunar, un hecho ontológicamente contingente, es asimismo, en el sentido indicado, un hecho mecánicamente necesario y teóricamente previsible con certeza. No obstante, en la práctica las condiciones habituales de la observación hacen que sólo sea posible *conjeturarlo* sobre la base de indicios que pueden caracterizarse como "probables", pero que son en realidad incompletos. Y si la conjetura ha sido correcta, se comprueba *ex eventu* el lazo de necesidad que unía al indicio con el referente indicial.

4. La categoría de indicio

4.1. La ejemplificación y las observaciones teóricas incluidas en los textos examinados armonizan con la definición fundamental del indicio -la definición (2) citada en 1.0- que hemos analizado en la primera sección. No obstante, de acuerdo con lo comprobado en las restantes secciones en lo que concierne al contenido de esa definición, debe añadirse, por una parte, que las relaciones de simultaneidad, anterioridad y posterioridad mencionadas en ella no deben entenderse en sentido meramente temporal, esto es, accidental y, por otra parte, que esas mismas relaciones pueden exhibir dos cualidades: la necesidad y la probabilidad. El indicio y el referente indicial son, en efecto, hechos que se hallan vinculados entre sí por una relación necesaria o probable de implicación de existencia, sin estarlo por una relación de causalidad. Puede decirse asimismo

²⁵ Cf. especialmente *De int* ix 18b5-25. Contra la tesis de que todos los hechos futuros se producen necesariamente (*hápanta . . . tá essomena anagkaîon genésthai*, 18b14-15) Aristóteles aduce la experiencia práctica, la cual supone fundamentalmente una deliberación (cf. 18b-31-33; 19a7-11) y excluye consiguientemente la necesidad. La existencia de indicios necesarios en ese terreno supondría una suerte de determinismo o fatalismo como el que Aristóteles combate enfáticamente en *De int* x.

que, en general, la relación de implicación existente entre los términos de la correlación indicial se debe a que son, en última instancia, *partes* -aspectos o fases- de un mismo fenómeno complejo. Eso hace que en cierto modo la relación de indicialidad pueda asociarse a la figura de la sinécdoque: es una parte de un todo la que puede actuar como indicio de otra parte de ese mismo todo. Esta caracterización puede aplicarse a todos los ejemplos aristotélicos considerados: el relámpago y el trueno son aspectos simultáneos de un fenómeno único, percibidos como fases de una secuencia única; el dar de mamar es un aspecto de un desarrollo biológico muy complejo, una de cuyas fases anteriores es el haber dado a luz; la fiebre pone de manifiesto el estado de enfermedad sencillamente porque es parte de él; la acumulación de las nubes y la lluvia son fases de un mismo proceso meteorológico;²⁶ el proyecto y la ejecución, y los diferentes momentos de esta última, son asimismo partes o etapas de un mismo desarrollo práctico o productivo. La cualidad de la relación es la probabilidad "hacia adelante" cuando se trata de las partes de un desarrollo radicalmente contingente (procesos prácticos o productivos) o cuando la parte observada es insuficiente (fenómenos naturales), pero aun en todos estos casos la relación es, *ex eventu*, necesaria.

4.2. En rigor, término "*semeion*", para cuya traducción hemos empleado en las secciones precedentes la palabra "indicio", es en Aristóteles la designación genérica de las diferentes especies de *signos*, una de las cuales es la de los indicios en el sentido en que los hemos tratado en este trabajo. En otro lugar²⁷ hemos mostrado que al lado de la especie de los indicios se reconocen en Aristóteles otras dos especies de unidades significativas, la de los *símbolos* y la de las *señales*. Los símbolos corresponden a las expresiones de la comunicación humana, mientras que las señales corresponden a las expresiones de la comunicación animal.²⁸ De ellas, sólo la primera posee en Aristóteles una denominación específica, a saber, la de "*symbolon*". Por lo demás, el Filósofo emplea "sinonímicamente" la denominación genérica, ya mencionada, de "*semeion*". Nos proponemos ahora establecer en líneas generales lo que el indicio tiene de específico frente a los símbolos y las señales.

4.3. La diferencia entre los símbolos y las señales en Aristóteles pueden resumirse sobre la base de cinco rasgos²⁹:

(a) en lo que se refiere a la *estructura de la expresión*, los símbolos y las seña-

²⁶ Cf. el ejemplo clásico del humo como *signum naturale* del fuego, que se encuentra ya en Filopón in Cope/Sandys (1970:162) y, asimismo, en San Agustín, *De doctrina christiana*, II i 2 28-29.

²⁷ Cf. Sinnott (1989:86-87).

²⁸ Cf. Sinnott (1989:41-103).

²⁹ La fundamentación de todo ello se encuentra en Sinnott (1989:39-104).

les se distinguen entre sí por consistir las primeras en una expresión articulada y las segundas en una expresión inarticulada;

- (b) en lo que se refiere a la *naturaleza del contenido*, los símbolos y las señales se distinguen entre sí por ser los primeros vehículos de un contenido intelectual y las segundas vehículo de un contenido afectivo.
- (c) en lo que se refiere al *nexo entre vehículo y contenido*, ese nexo es convencional en los símbolos y natural en las señales;
- (d) en lo que se refiere a la *función* de los signos, la específica de los símbolos es la representativa, mientras que las únicas que se registran en las señales son la expresiva y la apelativa;
- (e) en lo que se refiere a las *características del proceso de comunicación* en el cual se los emplea, ese proceso es cíclico en el caso de los símbolos y unidireccional en el caso de las señales.

Frente a los símbolos y las señales, el indicio resulta ser una especie de signos definible por medio de cuatro rasgos: (a) el carácter inarticulado del vehículo *sígnico*; (b) el carácter fáctico de su contenido; (c) el carácter natural del nexo existente entre vehículo y contenido, y (d) el hecho de no incluirse en un proceso de comunicación³⁰. En el siguiente apartado justificaremos estas observaciones.

4.4. En primer lugar, en lo que concierne a la estructura de la expresión, el indicio debe ser colocado junto con la señal por ser ambas especies de signos inarticulados: lo mismo que un grito animal, el indicio no es susceptible de un análisis en unidades menores ni de una combinación en unidades mayores: no parece concebible ni una "sílabas" ni una "frase" indicial. En segundo lugar, el contenido de un indicio no es, obviamente, ni intelectual ni afectivo, sino más bien *fáctico*, pues el indicio es un hecho que tiene como referente otro hecho. Esta identidad de naturaleza entre los términos de la relación indicial permite que eventualmente indicio y referente indicial puedan intercambiar sus funciones, lo cual no es concebible entre el vehículo y el contenido de un símbolo o de una señal. En tercer lugar, en lo que se refiere al nexo entre vehículo y contenido, si nos atenemos a la alternativa "convencional : natural" (*katá synthéken*

³⁰ Aristóteles no destaca acaso con suficiente nitidez un rasgo característico de los indicios, a saber el carácter de signo no intencional. Ese rasgo aparece en cambio claramente indicado en un notable párrafo de San Agustín referente a los *signa naturalia*, los cuales no son, en lo esencial, sino los "indicios" aristotélicos: en efecto, los signos naturales son signos "*quae sine voluntate atque ullo appetitu significandi praeter se aliquid aliud ex se cognosci faciunt*" (*De doctrina christiana* II i 2 28-30). En Aristóteles ese rasgo se halla en todo caso implícito en el último de los que hemos consignado en el texto, esto es, en su condición de signo que no se inserta en un proceso de comunicación.

: *physei*) planteada por Aristóteles³¹, debemos decir, por una parte, que los indicios son signos naturales en el sentido de que no puede sostenerse que la correlación indicial sea instituida, accidental³², y, por tanto, teóricamente variable, como lo es en cambio la correlación entre vehículo y contenido en los símbolos. Pero, por otra parte, no son signos "naturales" en el sentido de que no son naturalmente signos, esto es, no están *naturalmente* destinados a serlo -como sí lo están los símbolos y las señales-, pues los indicios son primariamente *hechos*, y de meros hechos se transforman en signos por el uso que el hombre hace de ellos. Es decir, en los indicios la función signica se superpone, como una especie de segunda naturaleza, o su condición puramente fáctica.

Esta característica aparentemente paradójica -ser signos naturales y no ser naturalmente signos- es, a nuestro modo de ver, fundamental para comprender la noción de indicio, y requiere que se agreguen algunas observaciones en las que se la asocie a los últimos dos rasgos mencionados en el apartado precedente. La indicialidad en general pone de manifiesto que en las múltiples conexiones que enlazan a los hechos entre sí se encierra una semanticidad virtual que el hombre actualiza al interpretar los hechos como indicios. Al hacer esto último, el hombre debe atenerse sin duda a las relaciones naturales que los unen, en el marco de las cuales un hecho sólo puede ser indicio de otro hecho con el cual está conectado *physei*, y en este sentido son signos naturales. Un hecho puede estar conectado mediante relaciones naturales con varios hechos y virtualmente puede, por tanto, funcionar como indicio de distintos referentes indiciales. Por cierto, en ese caso los hombres quizá puedan privilegiar culturalmente uno de ellos como su referente, pero aun así difícilmente podría decirse que con ello habrían *instituido* convencionalmente una relación indicial, puesto que las elecciones posibles no se producirán sino dentro de un cierto número de posibilidades dadas sin duda antes de toda convención. No parece posible, por ejemplo, hacer del hecho de la producción de un relámpago el indicio de la producción de un eclipse³³. Unidos "arbitrariamente", al margen de toda conexión natural, esos dos hechos sólo podrían constituir un *symptoma*, no un *semeion*, pues la única relación concebible entre ambos es de simple concomitancia temporal o fáctica, la cual no es una relación que pueda tener valor semántico o cognoscitivo. Pero al mismo tiempo debe decirse, en relación con los dos últimos rasgos consignados en el apartado precedente, que si bien en los indicios hay una sig-

nificación, no hay en cambio comunicación ni, por tanto, ninguna función comunicativa definible. Pues la *hermeneia*, la comunicación en sentido estricto, supone en Aristóteles la transmisión de un contenido de un ser animado a otro, en cierto modo de una *psykhé* a otra, mediante signos naturalmente destinados a esa función³⁴. Mientras que en la indicialidad tenemos, por así decir, de un lado la interioridad del hombre y de otro lado la exterioridad de los hechos. Como hemos señalado, el hombre lee los hechos haciendo de ellos indicios de otros hechos -y no hace falta destacar la importancia antropológica de esta capacidad-, pero, en sentido propio, aristotélicamente nada o nadie se comunica por medio de indicios.

4.5. Para concluir: la noción de indicio no se relaciona en Aristóteles solamente con un procedimiento argumentativo propio de la retórica y la dialéctica. Más bien, la indicialidad en su sentido primario pertenece a las esferas solidarias y más generales de la significación y el conocimiento. Pues, en definitiva, como hemos visto, en ella un hecho *presente* es puesto en relación con un hecho *ausente*. Esta relación entre lo presente y lo ausente es esencial en la función de la significación:³⁵ en la indicialidad *aliquid stat pro aliquo*, un hecho perceptible es *signo* de un hecho no perceptible. No obstante, la función del indicio no se restringe a la función de mero representante del referente indicial, sino que, ante todo, *lo da a conocer*³⁶, siendo, como hemos visto, el descubrimiento de los indicios indispensable para la ciencia y para la acción. Por tanto, más allá del marco de aquellas disciplinas particulares -la retórica y la dialéctica- la indicialidad resulta ser un componente esencial de la actividad interpretativa y cognoscitiva que, según Aristóteles, el hombre espontáneamente despliega ante el mundo.

Referencias

a) Obras de Aristóteles

<i>An Post</i>	<i>Analytica Posteriora</i>
<i>An Pr</i>	<i>Analytica Priora</i>
<i>Cat</i>	<i>Categoriae</i>

³⁴ Para Aristóteles la capacidad fonatoria de los seres animados que la poseen no asume accidentalmente la función que desempeñan en la comunicación, sino que ése es su fin natural. El fin natural, aunque "secundario", del aparato respiratorio y articulatorio humano es la producción del *lógos*, constituido por símbolos, y algo análogo debe decirse de las partes correspondientes en los animales y sus elementales formas de comunicación mediante señales fónicas. Cf. Sinnott (1989:66-68).

³⁵ Como Aristóteles lo destaca en relación con los símbolos. Cf. *SE* i 165a6-8: "Puesto que no podemos dialogar aduciendo las cosas mismas, empleamos los nombres como símbolos en lugar de las cosas (*anti tôn pragmatón*)", y Sinnott (1989: 89-90).

³⁶ Cf. *An Pr* I xxvii 70b2-3: *tò gàr tekmerion tò eidénai poión phasin eínai*.

³¹ Cf. *De int* ii 16a26-29 y nuestra interpretación de este texto en Sinnott (1989:95-103).

³² Cf. *De sensu* i 437a12-15, y Sinnott (1989: 80-86).

³³ En cambio, si se instituyera una nueva convención o se modificara la existente -lo cual es siempre posible, pues, según Aristóteles, la relación de significación en el signo lingüístico es accidental; cf. la nota anterior-, la palabra "hombre", que es un *symbolon*, podría llegar a ser empleada para designar a todos y cada uno de los miembros de una especie vegetal y no a todos y a cada uno de los miembros de la especie humana.

<i>De div</i>	<i>De divinatione per somnum</i>
<i>De sensu</i>	<i>De sensu et sensibilibus</i>
<i>EN</i>	<i>Ethica Nicomachea</i>
<i>Met</i>	<i>Metaphysica</i>
<i>Meteor</i>	<i>Meteorologica</i>
<i>Phys</i>	<i>Physica</i>
<i>Rhet</i>	<i>Rhetorica</i>
<i>SE</i>	<i>Sophistici Elenchi</i>
<i>Top</i>	<i>Topica</i>

b) Autores modernos

Bonitz, H. (1961)

Index Aristotelicus, Aristotelis Opera, V. Berlín: de Guyter.

Cope, E.M. / Sandys, J.E. (1970).

The Rhetoric of Aristotle. With a Commentary by Edward Meredith Cope. Revised and Edited by John Edwin Sandys. Hildesheim Nueva York: Olms. Tres tomos.

Ross, W.D. (1949)

Aristotle's Prior and Posterior Analytics. A revised text with introduction and commentary by W.D. Ross. Oxford: Clarendon Press.

Sinnott, E. (1989)

Untersuchungen zu Kommunikation und Bedeutung bei Aristoteles, Münster: Nodus.

Sorabji, R. (1980)

Necessity, Cause and Blame. Perspectives on Aristotle's Theory, Nueva York: Cornell University Press.

Los místicos españoles del siglo de oro

Gloria Olga Justa Martínez *

El *sentimiento religioso* ha sido siempre característica distintiva del ser español. España fue siempre defensora y portadora -para usar la palabra favorita de Max Scheler- de "valores" religiosos. Es una constante expresada en su literatura, del Poema del Cid a los escritos de nuestros días. En la más terrible adversidad, ante la calumnia y el destierro, el héroe levanta sus ojos al Cielo:

... "Grado a ti, Señor Padre, que estás en lo Alto" ...

... "Plegue a Dios e a Santa Maria" ...

En el siglo XVI, avivó esta inquietud, como una llama que al soplo del Espíritu se convierte en hoguera, la necesidad de oponerse a los errores de la Reforma, para salvaguardar providencialmente no tanto la unidad política, como quería el Rey Felipe II, sino, sobre todo y en primer lugar, la unidad espiritual.

Es entonces cuando surge una expresión de género literario, la llamada "corriente mística, que es la expresión más perfecta de ese sentido religioso ínsito en todo lo español".

Como reconoció Miguel de Unamuno: "produjeron nuestros místicos lo más castizo, lo más íntimo, lo más propio de nuestra literatura, nuestra sabiduría heórica. No es, pues, de extrañar que en el orden puramente literario, los más grandes modelos del íntimo decir, las maravillas naturales y espontáneas del espíritu haya que ir a buscarlas, en nuestra literatura, a los místicos".

¿Qué significa, en realidad, hablar de los escritores místicos? Si se considera la palabra "místico" en un sentido general de "religioso", tendrían cabida en el género místico también las obras simplemente morales, exegéticas, ascéticas y hasta los manuales. El estado piedad y las obras hagiográficas.

Pero si se usa la palabra en su sentido estricto, según la etimología griega de *nuoziloz*, "misterioso", "arcano", los místicos son los que poseyeron ese saber misterioso y arcano que San Juan de la Cruz llama "contemplación infusa o mística teología, en que de secreto enseña Dios al alma y le instruye en perfección de amor, sin ella hacer nada más que atender amorosamente a Dios, oírle y recibir su luz, sin entender cómo es esta contemplación infusa".

* Profesora de Literatura contemporánea y Literatura Española de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador.